

EL INCA GARCILASO DE LA VEGA*

José Gabriel Cosío

15

Honrosa designación hecha en mi favor por el Instituto Histórico de Lima i la Universidad de esta nuestra amadísima capital del Cuzco, me pone en la para mí difícil situación de tributar público homenaje a la inclita i prócera memoria del más ilustre de los Cronistas que recogieron del depósito de la tradición pre-colonial, el sugestivo i fragante legado que los alborotados mares de la odisca humana saben arrojar en esas serenas playas del recuerdo anecdótico i de la leyenda seductora: de un historiador cuzqueño que tuvo todas las bizarrías del arrogante castellano i todas las suntuosas opulencias de los Incas hijos del Sol; de Garcilaso Inca de la Vega, cuyo sólo nombre parece una sonora i grave conjunción de la eufonia i castiza cepa del habla castellana con la risueña majestad de la pompa fastuosa de la estirpe real de los Orejones del Cuzco.

Un día como hoy del año de 1616, sólo un día antes que muriera Miguel Cervantes Saavedra, se abría paso hacia los arcanos de lo desconocido, en la ciudad española de Córdoba, castigada por hondas i furentes sacudidas históricas, i siempre enferma, como dice un escritor compatriota nuestro, de la nostalgia de su pasado opulento,— el historiador cuzqueño Inca Garcilaso de la Vega, llamado por otro nombre Gómez Suárez de Figueroa, “el varón insigne digno de perpetua memoria, ilustre de sangre, perito en letras, valiente en armas”, aquél que enamorado del ayer de su pueblo y orgulloso de su estirpe regia “tradujo á Leon Hebreo, comentó *La Florida* y compuso los

Comentarios Reales”, como reza la inscripción puesta por cariñosa mano en la capilla fundada por él en la Catedral de Córdoba, donde yace el polvo que animó su alma grande i noble

Feliz esta tierra saludada por el vuelo gigantesco del cóndor i bañada por el oro rubio que se desliza por sus entrañas, porque vió nacer en sus sagrados muros al que había de ser el Herodoto de la Historia Americana, i el historiador en cuyas páginas se siente palpar el espíritu de las razas vencidas, según Menéndez Pelayo, i cuyos escritos son una emanación del espíritu indio, según Prescott; de Garcilaso de la Vega, que “excitó en alto grado la curiosidad de sus contemporáneos i ha seguido embelesando á la posteridad”. No importa que la desenfadada arrogancia de un escritor angloamericano como Ticknor haya osado dudar de la autoridad i valor histórico de las obras de nuestro cronista; no importa que genios tan graves i sesudos como Menéndez Pelayo, á par de los elogiosos conceptos con que le juzga, califique los *Comentarios Reales* como una Historia Novelada ó una de las tantas doradas ficciones que idearon Campanella en su *Ciudad del Sol*, Harrington en su *Oceana*, Voltaire en su *Alzira* i Marmontel en esa su infantil novela de *Los Incas*; perdonémosle también á un historiógrafo, compatriota nuestro, muerto hace poco, la ruda e inverosímil inquina i desdén por nuestro Garcilaso, á quien trató de arrebatárle la paternidad de sus obras; pues ya el crítico i sabio polígrafo español reconoció su error i la injusticia de sus asertos adversos, i ya los dardos

* Discurso pronunciado por su autor en la sesión solemne del Instituto Histórico, celebrada el 22 de abril, en representación de la Universidad del Cuzco del Instituto Histórico del Perú. En: “Revista Universitaria”, nº 15, marzo de 1916. Págs. 26-39.

punzantes lanzados por González de la Rosa, para desbaratar el pedestal en que se alza el autor de los Comentarios, han caído en la dura tierra melladas i rotas, ambas cosas gracias á la brillante obra, llena de meollo i saber, del más docto de nuestros escritores contemporáneos, don José de la Riva Agüero, cuya defensa de Garcilaso, no puede ser más conceptuosa, más incontrovertible ni más bellamente patriótica.

Así como la autoridad de Herodoto anduvo maltrecha i obscurecida, cuando soplaron los vientos de criticismo i de escépticas disquisiciones del Renacimiento, hasta que al alborar el siglo XIX, llamado por Altamira El Siglo de la Historia, los trabajos de los orientálistas, especialmente de los egiptólogos, arrancaron á la tierra que ocultaba treinta siglos de historia, la verdad de las narraciones del que se llame Padre de ella, ya que Champollion, Mariette, Botta i otros más preguntaron su secreto á las ardientes tierras del desierto con Herodoto en mano; del mismo modo también, pasada la época de la vida colonial americana, cuando la libertad nos dio el derecho de dudar de todo, comenzaron las campañas de desprestigio i desconfianza contra la autoridad histórica del Cronista Inca Garcilaso, de quien se dijo que no sólo inventó la Historia del Perú antiguo i tejió una mui bellísima leyenda, de un imperio regido con riendas de seda, sino que se llegó hasta decir que Garcilaso puso su nombre en las obras del Jesuita Blas Valera, como si fuera humano, posible i leal tomar lo ajeno, citando á cada paso como testigo á la persona robada, según lo hace el escritor á quien recordamos. Felizmente ya pasó la funesta i desquiciadora racha, i hoy Garcilaso, si antes merecía la admiración de doctos i mediocres, es considerado como una de las más autorizadas fuentes para la Historia del Perú, i como uno de los narradores más floridos i pintoresco que en tiempo alguno han escrito en castellano. El fué, como dice el crítico español citado, el primer hombre de raza indígena que, ido a Europa, escribió en lengua castellana; él i Alarcón son los dos más grandes clásicos nacidos en América, i Alarcón, señores, se mueve mui cerca de Calderón i Tirso de Molina.

Si fuésemos á juzgar la mentalidad de Garcilaso conforme a los cánones i pragmáticas del grave i venerable Huarte, contenidos en su *Examen de Ingenios*, ó siguiendo las famosas i mui esotéricas doctrinas de Emerson, Carlyle y Taine, seguramente no encontraríamos en el cronista mestizo nada que nos haga pensar en las novedosas

teorías de la Herencia i el Medio, porque como herencia recibió Garcilaso la bullidora y ardiente sangre de su padre el Conquistador, que era un hombre de ánimas i no de letras, el "hijo tercero de Alonso de Hínestrosa de Vargas i de doña Blanca de Isabel Chimpu Occllo, sobrina de Huaina Cápac y nieta de Túpac Inca Yupanqui", recibió en herencia, la sangre imperial i el sello consagrador de su esclarecida indígena estirpe. El medio de su vida i la atmósfera moral que respiró hasta sus veinte años cumplidos, fueron las bravas serranías que prestan homenaje a los picos immaculados de los Andes, i las trulencías pavorosas i los arrostos bravíos de las luchas civiles, entre cuyos fragores pasó su adolescencia i su pubertad el hijo de dos razas, que sobre el hirviente cráter del volcán de la guerra hicieron brotar la galana flor del amor, como dos chispas que tras el estallido ensordecedor esplenden en la refulgencia suave de su luz bienhechora. Pero si buscamos la raíz i el germen del genio de Garcilaso más allá de las estrechas i severas leyes, muy lejos de ser incontestables, veremos que él fue condensación suprema de los valores síquicos é históricos de dos pueblos i de dos razas antípodas que en la miscigenación dieron un fruto gallardo i sustancioso capaz de acendrar i subir los quilates de sus elementos de origen.

Tuvo de su procedencia materna, la gravedad sobria i austera del Inca linajado, i de la paterna la arrogancia i el gesto bravío de un tercio español vencedor en Flandes; fue un caballero que vestía cota de malla i casco, i manejaba la formidable maza del indio; por eso cuando recuerda á los pueblos que son los suyos i cuya sangre alienta su pecho, tiene para ambos iguales mimos, idénticas efusiones; al lado de su credulidad supersticiosa i de su pueril imaginación, propias del indio, tiene también el fervor caballeresco, la galantería ostentosa i la religiosidad fanática del español. Cuando narra los usos i costumbres de su patria materna, cuando desenvuelve la malla de oro refulgente de las tradiciones incaicas i las candorosas virtudes de sus hermanos indios, su obra es el perfume condensado i pungente de la raza vencida, es como la doliente queja de generaciones, cuyos ecos viniesen de longincuas i desconocidas tierras á arrullar el sueño encantado de un pasado que no ha de volver; pero cuando se enorgullece de su raza paterna, cuando el ideal caballeresco rugie en su pecho, i requiere de galanterías i su Rei a los grandes de la Monarquía, su acento á su palabra son comparables a los de

Solis en su Conquista de Méjico, de Ginés Pérez de Hita en sus Guerras Civiles de Granada, i de Zurita en sus Anales de Aragón, casi todos ellos del siglo XVI i XVII, es decir contemporáneos del cronista cuzqueño.

En su traducción del toscano al castellano de los *Diálogos de Amor* del judío platónico Abrabanel, llamado León Hebreo, nuestro Garcilaso de la Vega se muestra experto i hábil prosador, profundamente versado en el italiano i de excelente espíritu filosófico, ya que esos diálogos repletos de idealidad i de hondos tiquismiquis éticos, al pasar por la versión del literato cuzqueño se han cuajado en una prosa gallarda, sonora i rumorosa, muy superior, como afirma el autor de *Los Heterodoxos Españoles*, á la farragosa i desaliñada forma del original italiano. La traducción de nuestro compatriota, á más de su inmenso mérito literario, ostenta el timbre de ser la mejor de todas las que se han hecho al castellano, comparable á la que hizo el sevillano Diego de Mejía de *Las Heroidas* del poeta latino.

La Florida del Inca ó Historia de la Florida, segunda obra del Inca Garcilaso, impresa en 1605, i de la cual se han hecho tres ediciones más, es una narración pintoresca i amena, en la que la mano firme i maestra del escritor, corre al unísono con la imaginación cálida i aljofarada del impresionista; en esas páginas de cándida poesía, pasea alta i gallarda, la brava figura del Adelantado Hernando de Soto, junto á las bizarras siluetas de sus soldados, que parecen una épica ronda de las gestas caballerescas; mientras por otro lado emergen el bosque hirsuto, el tremedal siniestro i la sierra fragosa, naturaleza amada del indio que corre como fugaz sombra, entre ululantes gritos de rabia a defender sus amenazados lares. *La Florida* escribió Garcilaso para que no se perdiera la relación de las bizarrías i heroicidades que llevó á cabo el Adelantado Hernando de Soto en los seis años de la Conquista i reducción de aquellas tierras, i recogiendo la cuenta verídica de los hechos de soldados testigos i actores de esas memorables campañas, llamados Alonso de Carmona i Juan Coles.

¿I qué decir de ese libro inmortal, escrito con el elusivo cariño con que se escribe una página de amor consagrada á honrar la tierra en que se ha vivido i la naturaleza cuya luz iluminó nuestros ojos i alegró el corazón? ¿Qué decir de esa narración querida i mimosa, *Los Comentarios Reales*, magna epopeya forjada en bronce, vaciada en limpidas turquesas, obra única digna

de dar fama i nombre á quien tuvo la gloria de trazarla i narrarla? Publicada en 1609, aunque empezada a escribir en 1586, mereció desde que fue conocido el claro renombre i la insigne fama que conserva hasta hoy. Para unos es la narración fantástica hermoceada por el recuerdo cariñoso de la infancia i la pueril credulidad del indio; para otros es la fuente pura é inextinguible de la verdad histórica anterior á la llegada del terrible conquistador; pero para todos será siempre la obra representativa, la cifra, resumen i dechado del alma de la raza indígena, que parece haberse alzado radiante, noble i bizarra en el espíritu del escritor, cuando rendía tributo á los muertos aguerrimientos á los extinguidos i usos de su lejana patria. Quien lea los *Comentarios Reales* verá con los ojos del alma el pintoresco desfile de la Corte ostentosa i brillante del grave Inca; la edificante unción de los fieles saludando con sombrío i tétrico alarido la aparición deslumbradora del Padre del Sol; la bravura i aguerrimiento con que las huestes imperiales rinden pueblos é imprimen vasallajes, el majestuoso é imponente ostentarse de las pétreas fortalezas i el idilio tierno i acariciante de la sencillez paternal en el gobierno de los súbditos.

Mágico poder de este libro que seduce, encanta i enseña al mismo tiempo. Muchos otros habrá, que le superen en exactitud histórica ó en fuerza de autoridad, muchos en exhibición de detalles raros i peregrinos, pero ninguno tendrá el interés i el atractivo del conjunto de los *Comentarios Reales*.

La Historia General del Perú ó Segunda Parte de los Comentarios Reales, como generalmente se la llama, publicada ya un año después de la muerte de su autor, es una digna de continuación de la Primera; en ella los personajes de la Conquista i los últimos vástagos de la extinguida civilización, toman carácter firme é impercedero, i las descripciones de las luchas civiles en que se anegaron los conquistadores tienen la fuerza i pujanza de un cantar de gesta. Los Pizarro, valientes i generosos; Carvajal, socarrón, implacable i táctico, siempre asomando al rostro la risa mefistofélica que le acompañó hasta su última hora; los Almagro, vehementes i vengativos; Vaca de Castro, en su larga jornada i en la noche de Chupas; la Gasca, grave, hierático i reflexivo; todos los principales personajes de esa borrascosa época de nuestra Historia están trazados de mano maestra, i con la fluida i elocuente prosa que gustaba nuestro Historiador.

Últimamente se menciona por Gayangos, traductor de la *Historia de la Literatura Española* de Ticknor, otra obra de Garcilaso muy poco conocida: es el tratadito titulado *Genealogía de Garcí Pérez de Vargas*, escrita en Granada de puño i letra de Garcilaso firmado el 5 de mayo de 1596 i dedicado á un pariente suyo extremeño cuyo nombre oculta.

Señores:

Garcilaso nos muestra cuán profundamente penetran en las entrañas del tiempo las raíces de nuestra nacionalidad; cuántas epopeyas entonan su cantar de siglos en la odisea de nuestra vida pública, i cuántos horizontes bañados de luz se abren á nuestros ojos en las lejanías de la Historia cuántos ejemplos de bravura, de grandezas i de idílicos recuerdos, juntamente ostenta nuestra gesta heroica.

Si tan profundas son las raíces de nuestra nacionalidad, elevemos alta, muy alta, la copa frondosa de nuestros triunfos i progresos en el porvenir; si tales epopeyas cantaron los siglos, entonemos nosotros la canción gloriosa del triunfo que engrandece, i si tantas truculencias i bellezas presenta nuestro ayer, encendamos para el porvenir la antorcha que nos señale,

"El rumbo de las grandes travesías"

"La senda de los nombres inmortales"

Yo que podemos exclamar ante nuestro fastuoso ayer:

"Cuánta vida en nuestra vida"

"Cuánta luz en nuestro cielo".

He dicho.